

niencia pareció escandalosa. Los príncipes legítimos no se atrevieron a poner mala cara a los legitimados y probablemente ni siquiera pensaron en ello. En 1680 la señorita de Blois, hija de La Valliere, se casó con el príncipe de Conti, y Condé, tío segundo del novio, se mostró públicamente orgulloso de aquel enlace y quiso ser el prodigio de la boda; él, tan sucio de ordinario, presentóse afeitado, rizado, empolvado y con la espada guarnecida de diamantes, siendo la admiración de la corte. La ceremonia nupcial se celebró «á la faz del sol,» en la capilla de Saint-Germain, y al acostarse los novios, el rey y la reina les dieron las camisas, él al príncipe de Conti y ella a la hija de La Valliere. Cinco años después, el duque de Borbón, nieto de Condé, casóse con la señorita de Nantes, hija de la Montespán, habiéndose efectuado la boda en el gran salón de Versailles. La joven duquesa cogió las viruelas; Condé la cuidó y murió por habérsele contagiado la enfermedad; Bossuet, en la oración fúnebre del príncipe le ensalzó por este último acto de su vida: «¿Cuáles fueron los sentimientos de Condé al verse amenazado de perder aquel nuevo lazo de su familia con la persona del rey? En tal ocasión había de morir ese héroe; aquel á quien tantos sitios y tantas batallas no pudieron arrebatar, va á perecer por el cariño.»

Los ministros servían al soberano en sus amores. Cuando nació el primer hijo de La Valliere, en una noche de diciembre de 1663, en una casa situada en el jardín del Palacio Real, el recién nacido fué llevado á Colbert, que lo esperaba fuera con un matrimonio de la antigua servidumbre de su familia al cual había referido que «un hermano suyo había cometido una falta con una señorita de calidad, á la que era preciso no comprometer.» Más adelante, habiendo el rey decidido restablecer el cargo de almirante para el conde de Vermandois, tercer hijo de La Valliere, Colbert estudió «qué nombre es menester dar al señor conde de Vermandois, almirante de Francia,» y después de examinar con mucho cuidado los precedentes, propuso: «Luis, bastardo de Borbón, conde de Vermandois, almirante de Francia;» ó bien «Luis, bastardo de Francia, almirante de Francia.» Pero luego pensó que la repetición del nombre de Francia no sonaría bien y opinó que podría decirse: «Luis, bastardo, conde de Vermandois, almirante de Francia; Luis, legitimado de Francia, conde de Vermandois, almirante de Francia;» ó simplemente, «Luis, conde de Vermandois, almirante de Francia.» Al fin se adoptó la denominación de «Luis de Borbón, conde de Vermandois, almirante de Francia.» Cuando la Montespán reemplazó á La Valliere, Colbert hizo objeto de su solicitud á la nueva querida, y á él y á su esposa encargóles el rey que la distrajeran todo el tiempo que él estaría en Holanda: «Me satisfará en extremo que se divierta con algo; y me complazco con hacérselo saber para que le facilitéis, en cuanto de vosotros dependa, lo que pueda divertirla.» Colbert recibió comisiones aún más delicadas; habiéndose permitido el señor de Montespán recordar á su mujer, al rey y al público que todavía estaba en el mundo, el rey escribió á Colbert: «Es un loco capaz de cometer las mayores extravagancias,» una de éstas «la amenaza de ver á su esposa; y como es capaz de ello... confío en vos para que no se presente...» Tanto como

Colbert mostróse Louvois solícito con las mujeres amadas; de modo que á todos los servicios de que esos dos principales ministros estuvieron encargados, hay que agregar los que prestaron al rey con ocasión de sus amores.

La historia de los amores de Luis XIV revela, tanto como la historia política, la universal sumisión servil. En cuanto al rey, muéstrase en ella glotón de amor, probablemente sin cariño, impulsado por los sentidos, desligado por la saciedad, duro después del abandono, egoísta con la mayor tranquilidad del mundo. En esa crónica amorosa, reaparece el hombre que ha emancipado su autoridad de las resistencias y de los impedimentos que las antiguas tradiciones del reino le oponían, el *princeps solutus legibus*. Esperar, á veces con pocas semanas de distancia, hijos de madres diferentes; entremezclar los nacimientos de seis legítimos y de once legitimados, crear hermanastros y hermanastras, hijos ó hijas de tres, y aun en un momento de cuatro, madres vivas y una de las cuales tiene esposo vivo; fundar tres familias y hacerlas vivir juntas públicamente, constituían una serie de desórdenes que á otro que no hubiese sido él le habrían valido las galeras en este mundo y el infierno en el otro. Pero él no es un hombre como los demás; es el «primero de los mortales,» y si tiene un hijo, poco importa de qué madre nace, puesto que es el hijo ó la hija de Luis. Y como sería un sacrilegio privarle «del honor de su cuna,» será príncipe y será Borbón, y la Iglesia y la magistratura ya verán cómo se las componen para que así sea.

Pero ese mismo hombre se nos presenta luego bajo otro aspecto. Después de la muerte de la señorita de Fontanges, ya no se llenará «el puesto» vacante de querida del rey. Ahora bien: Luis XIV no tenía entonces más que cuarenta y tres años y de todas partes se le habrían ofrecido mujeres casadas y jóvenes solteras, porque ser querida del rey era una posición ventajosa y hasta honrosa para una familia. Cuando la hija de la señora Sevigné comenzó á frecuentar la corte y se creyó que el rey se prendaba de su belleza, su primo Bussy-Rabutin escribió: «Mucho me satisfaría que el rey se aficionase á la señorita de Sevigné, porque la muchacha es muy amiga mía y él no podría hallar mejor querida.» Había, pues, motivos para temer que el rey tuviese una ancianidad indigna; pero Luis XIV supo evitarlo por miedo al infierno y también por respeto á sí mismo y por el cuidado de su propia dignidad. Después de su matrimonio con la señora de Maintenón no contraerá ya amores ilegítimos; y aquella pareja singular, austera y devota, presidirá en lo sucesivo la vida de la corte de Francia.

IV.—La corte de Francia en 1685

Esa corte es todo un mundo enorme organizado en una jerarquía. La primera persona después del rey es el Delfín ó, como se le llama, «Monseñor;» es el primogénito (1.º de noviembre de 1661) y el único sobreviviente de los seis hijos de la reina (1). El Delfín tuvo

(1) Ana Isabel vivió pocas semanas, desde el 18 de noviembre hasta el 30 de diciembre de 1662; Mariana, lo mismo, del 16 de noviembre al 26 de diciembre de 1664; María Teresa vivió cinco

por ayo á uno de los poquísimos cortesanos á quienes todo el mundo proclamaba honrados, el duque de Montausier, y por preceptor á Bossuet. El ayo tuvo que habérselas, según se dice, con un «carácter áspero,» y el profesor, seguramente, con una inteligencia mediocre; el carácter fué domado, pero la inteligencia siguió siendo poco sensible á las lecciones de latín, de filosofía, de historia que le dió el obispo, y á las de física, astronomía, mecánica, hidráulica, matemáticas y fortificaciones que recibió de otros maestros. El Delfín era un torpe, metido «en su grasa y en sus tinieblas;» pero quizás no era tan ignorante ni tan tonto como parecía; y de todos modos ni la ciencia ni el ingenio le habrían servido de nada, porque el rey no le habría permitido hacer uso de ellos. Luis XIV admitía á su hijo en el Consejo de hacienda y en el de los despachos, pero no en el de Estado que era en donde se decidían los grandes asuntos; no le concedía «autoridad alguna,» ni aún para las cosas más insignificantes, y no habría tolerado que se hubiese tomado «con él la más pequeña libertad.» El Delfín se conformó con su suerte; había heredado de su madre aquella dejadez, aquella indiferencia fatalista en que se amodorraron los últimos Habsburgos de España, y fué «un hijo único hecho expreso para serlo de un tal padre.» Su gran ocupación era la caza: un día en que la Delfina parió á las doce él se fué á cazar á la una; otro día que no había podido cazar por estar enfermo, contempló desde la cama el encarnel del lobo que había ordenado se efectuara en el parterre del Amor. Cuando no cazaba, se aburría y si tenía que recibir en audiencia los homenajes de los ministros extranjeros, que era casi la única función que desempeñaba, balbuceaba palabras que no se entendían. En las relaciones ordinarias, manteníase solemne y establecía entre él y los demás una distancia muy útil para su timidez. Tenía todo el aspecto de un infante ó de un archiduque trasplantado y no se cuidaba de saber nada de las cosas del mundo. Casado en 1680 con Mariana Cristina, hermana de Maximiliano II, elector de Baviera, fué un buen marido durante cinco ó seis años; pero en 1686 comenzaba á divertirse con las doncellas de la Delfina.

Ésta, nacida en noviembre de 1660, tenía un año más que su esposo. Colbert de Croissy, durante las negociaciones para el matrimonio, había enviado al rey la descripción de su físico, en el que lamentaba la imperfección de la mayor parte de las facciones, sobre todo de la nariz, «un poco gruesa en la punta,» y del cutis, «un poco moreno y del modo que se ve en las muchachas que no saben lo que es pulir la naturaleza.» Pero luego añadía: «Aunque no tiene ningún rasgo de la belleza, resulta de ese conjunto cierta cosa que puede llamarse agradable;» y además alababa sus «modales, su continente y su conversación.» Era, en efecto, la Delfina una persona distinguida, de noble porte, instruida, que hablaba bien el francés y el italiano, gustaba de las artes y sabía música. Luis XIV la acogió con sumo agrado y como veía que tenía talento, creyó, en un principio, que podría restablecer el «círculo» de corte que

años, del 2 de enero de 1667 al 1.º de marzo de 1672; Felipe, duque de Anjou, tres, del 8 de agosto de 1668 al 10 de julio de 1671; y Luis Francisco, segundo duque de Anjou, cinco meses, del 14 de junio al 4 de noviembre de 1672.

la reina Ana había mantenido tan admirablemente y que acabó por desaparecer por no haber sido María Teresa capaz de continuarlo. Mas los embarazos, los partos y los abortos fueron otros tantos motivos para que la princesa se «acantonara» y se pasara «la vida aburriéndose y estando encinta.» Se aburría porque no le gustaban los cumplidos franceses, la libertad de lenguaje y de modales, las galanterías é intrigas de la corte y la ostentación perenne. Y, dado su orgullo alemán, tan potente en la casa de Baviera, bien puede creerse que le pareció ridículo y muy duro el enterarse del matrimonio del rey, su suegro, con la señora de Maintenón y el tener que tratar casi como reina á la ex señora Escarrón y casi como cuñados ó cuñadas á los hijos de La Valliere. Así es que se retrajo «obstinadamente,» y esto hizo que al morir en 1690 nadie echase de menos á aquella extranjera que había seguido siendo extranjera por su voluntad; la Delfina de Francia era una alemana nostálgica.

En la época que estudiamos, el Delfín y la Delfina tenían dos hijos: Luis, duque de Borgoña, y Felipe, duque de Anjou, nacidos en 6 de agosto de 1682 y en 19 de diciembre de 1683 respectivamente. Carlos, duque de Berri, nacerá en 31 de agosto de 1686. El duque de Borgoña era un niño hermoso «con ojos grandes, castaños, y un cutis admirable,» pero que se peleaba con su aya á propósito de todo «cuanto podía exigirse de él, así en cuestiones de comida como en otras circunstancias de su educación;» el duque de Anjou era una linda criatura rubia; el duque de Berri será «muy bueno y muy gordo.»

Siguiendo el orden del protocolo, debiéramos hablar, después de los herederos directos de la corona, de los colaterales, hermanos, sobrinos y primos; pero el rey establecía una gran diferencia entre éstos y sus hijos legitimados, á quienes trataba tan bien y aún mejor que á los legítimos.

De la señorita de La Valliere habían muerto tres niños en edad temprana (1); en cuanto al nacido en 1667, el que fué conde de Vermandois y gran almirante de Francia, había vivido hasta 1683. Era un joven bien dotado física é intelectualmente, pero encenegado en los vicios que arraigados estaban en la corte, de tal modo que el rey le había desterrado por corto tiempo para castigarle «por un deshonesto trato entre jóvenes.» Su madre lloró en las Carmelitas su muerte, pero dijo que «aún más debía llorar su nacimiento.» Quedaba una hija, la señorita de Blois, la que, en enero de 1680, se casó con el príncipe de Conti, cuando no tenía aún catorce años; «modelo de belleza,» su porte era el de una reina y su talle el de una diosa, y brillaba por su gracia en las danzas de salón lo mismo que en los bailes escénicos; pero carecía de ingenio, era disputadora é impertinente y ocasionaba molestias al rey, que la quería en extremo. Mayores disgustos todavía le causará, después de enviudar en 1685, con sus historias amorosas, sus malas costumbres, como la de fumar en pipas que tomaba del cuerpo de guardia de los suizos, y con sus disputas con sus hermanas, hijas de la Montespán.

(1) Un varón, nacido en diciembre de 1663; otro, en enero de 1665, y una hembra, en 1666.

A éstas, que bebían mucho, las llamó un día «sacos de vino;» ellas, incomodadas, le contestaron llamándola «saco de basura.»

La señora de Montespán había perdido á tres de los hijos que tuviera con el rey (1); le quedaban dos varones y dos hembras. El duque de Maine, nacido en mayo de 1670, era coronel general de los suizos y grisonos y gobernador de Langüedoc; era un lisiado, «cu yas piernas torcidas y estropeadas» se habían mejorado, aunque poco, gracias á las aguas de Bareges y á los cuidados de la señora de Escarrón; pero era muy guapo, de agradable fisonomía y trato amable, y había recibido una educación excelente de aquella señora y una buena instrucción de sus maestros. El conde de Tolosa, nacido en junio de 1678, estaba en posesión del gobierno de Guiena y del gran almirantazgo de Francia, que le fué otorgado á la muerte de su hermanastro el conde de Vermandois; era un hombre sumamente simpático. De las dos hijas, la mayor, la señorita de Nantes, tenía doce años cuando se casó, en julio de 1665, con el duque de Borbón, que tenía diez y siete; era hermosa como los ángeles, su rostro estaba «formado por los amores,» y las viruelas que tuvo y que ocasionaron la muerte de Condé, le dejaron señales que mancharon su belleza, pero sin destruirla. Dotada de un carácter muy alegre, fué en extremo aficionada á los placeres y á las travesuras primero y á los escándalos después. Su hermana Francisca María llamábase la señorita de Blois desde que su hermanastra de este nombre se había convertido en princesa de Conti; había nacido en mayo de 1677 y ya en 1685 el rey pensaba acaso en casarla aún mejor que á sus hermanas y á su hermanastra. En 1692 se casará con Felipe de Orleáns, el futuro regente.

El duque de Orleáns, hermano del rey, «Monsieur,» tenía cuarenta y cinco años, y era un hombre bajito, barrigudo y montado en zancos, tan altos llevaba los zapatos. «Iba siempre adornado como una mujer, lleno de sortijas, de brazaletes y de pedrería en todas partes; lleno de cintas dondequiera que podía ponérselas, lleno de toda clase de perfumes... «Había estado en la guerra y hasta había ganado, en 1667, la batalla de Cassel, pero no era en modo alguno marcial; y le desagradaba todo trabajo y toda fatiga; de tal manera que ni siquiera le gustaba la caza que en aquel entonces gustaba á todo el mundo. Sentía gran curiosidad por toda suerte de habladerías y era tan charlatán que donde él estaba á nadie más que á él se oía. El rey le quería mucho y era muy generoso con él, pero no le confiaba nada y únicamente le admitía en el Consejo de los despachos, en el que no se trataba de ningún asunto secreto; un día, estando en campaña, díjole como la cosa más natural: «Hermano mío, podéis ir á divertirnos porque vamos á celebrar consejo.» Monsieur se pasaba horas enteras jugando, comadreaba, murmuraba, contaba sus diamantes, se vestía delante de una profusión de espejos y era escandalosamente vicioso. El caballero de Lorena «he-

(1) Una niña, nacida en 1669 y fallecida en 1672; un niño, Luis César, conde de Vexin, abad de Saint-Denis y de Saint-Germain des Pres, nacido en 20 de junio de 1672 y fallecido en 10 de enero de 1683; y una niña, la señorita de Tours, nacida en 12 de noviembre de 1674 y fallecida en 15 de septiembre de 1681.

cho tal como pintan á los ángeles, dice Cosnac, se entregó á Monsieur y muy pronto fué el favorito, el amo, el dispensador de las gracias y más absoluto en casa de Monsieur de lo que es permitido serlo cuando no se quiere pasar por dueño ó dueña de la casa.» A causa de la perturbación que introducía en la familia, fué desterrado en 1670 á petición de la primera Madama Enriqueta de Inglaterra, no sin que Monsieur reclamase con gran estrépito á su caballero. En aquel mismo año, Madama, á su regreso de su viaje político de Inglaterra, murió de repente y el rumor público acusó de esa muerte á Monsieur y al caballero; tal acusación era una calumnia, pero todo el mundo estaba enterado de los amores de aquellos dos hombres. Ello no fué óbice para que, antes que transcurriesen dos años, se levantara el destierro al caballero y aún se le nombrase mariscal de campo, lo que fué motivo de que el rey y su hermano se felicitaran y se enternecieran. Luis XIV no quería indudablemente contrariar en modo alguno á su hermano, á quien tenía reducido á la nada y á quien negaba cargos y dignidades que prodigaba á los bastardos. Finalmente, el extraño Monsieur era devoto, ó por lo menos «se divertía con todo lo que es de devoción, porque le gustaba mucho todo lo que es de ceremonia,» como decía su segunda esposa, la cual, además, se preguntaba si se hacía devoto «para asemejarse en todo á Enrique III.»

Monsieur se casó, en diciembre de 1671, en segundas nupcias, con Isabel Carlota, hija del elector palatino Carlos Luis, que entonces tenía diez y nueve años. Educada bravíamente en casa de sus padres ó en Hanóver, en la de su tía Sofía, aficionada á correr por bosques y montañas, pescadora, cazadora, casquivana, casi un hombre, habíase casado casi con una mujer. Esposa robusta, hecha para la maternidad copiosa, fué muy pronto abandonada por su marido, que prefería á «mozalbetes con quienes pasaba noches enteras en orgía,» según dice la propia Isabel. Ésta, que no era guapa y que, además, se volvió horriblemente fea, así lo confiesa ella misma, no inspiró amor, y la gran pena de su vida, una de las razones de su tristeza, fué indudablemente el no haber sido amada por nadie. Orgullosa de ser princesa alemana y cuñada del rey de Francia, sufría al ver la postergación de su esposo, reducido á no ser más que un comparsa en una parada, la sujeción en que el rey tenía á su familia, sujeción, según ella, «no comparable con ninguna esclavitud;» los honores otorgados á las queridas, á los hijos de éstas y á su aya, convertida casi en reina, y la afrenta inferida á las sangres de Francia y del Palatinado, casando á su hijo con una bastarda. Educada en la confesión luterana, dotada de cierto espíritu filosófico, profesando «una pequeña religión para ella,» muy libre en el fondo y osada hasta llegar á las grandes negaciones, exasperáronle las hipocresías de la corte en el momento de la revocación del edicto de Nantes. La política seguida por el rey respecto del Palatinado le causó gran tristeza: muerto sin hijos, en 1685, su hermano Carlos II que, en 1680, había sucedido á su padre, Luis XIV pretendió utilizar los derechos de su cuñada para reivindicar valores y territorios; el Palatinado iba á padecer nuevos horrores, y Madama, que por temperamento aspiraba á la alegría, vióse, pues, ofendida bajo todos conceptos y lloró la ruina de

su patria: «Todas las noches, en cuanto empiezo á dormirme, paréceme estar en Heidelberg y en Manheim y creo ver toda esa desolación. Entonces me despierto sobresaltada y en dos horas no puedo conciliar de nuevo el sueño.» Huyendo de la devoción de la corte, refugióse en los recuerdos de su educación religiosa, la lectura de la Biblia y del catecismo de Heidelberg y el canto de los salmos: «Estoy muy agradecida al doctor Lutero, decía, por haber escrito tan lindos cánticos.» Mofóse de las *a, a, a, i, i, i* de los chantres, aburrióse ostensiblemente en los oficios divinos, y después de haber pasado varias noches sin dormir, ocurriósele ir á dormir unas horas en las vísperas de un convento; en la misma capilla, más de una vez hubo el rey de despertarla á codazos. Juzgó severamente toda la política religiosa de Luis XIV, á quien calificaba de «necio en todo cuanto á la religión se refiere;» y se vengó de todo lo que le desagradaba escribiendo conceptos violentos en cartas que sabía eran leídas y en las cuales trataba á la señora de Maintenón (la «Pantócrata») de «señora basura,» «vieja zupia del rey» y «vieja basura del grande hombre,» acusándola, además, de ser, con sus maleficios, un agente del diablo: «El diablo se vale de una vieja para lograr aquello que él por sí solo no puede conseguir.» Se divierte con las truhanerías de las bastardas y con las canciones picarescas que estas «bribonas» componen sobre «madrastra» Maintenón y sobre el mismo «padre» Luis XIV; emite crueles juicios contra aquella corte brillante y se aparta de ella cuanto puede para vivir «á la defensiva» en su casa, en donde «lee, escribe, mira grabados, arregla armarios,» y se entretiene con sus animales (loros, patos y perritos), para el alma de los cuales espera, como para la suya propia, la inmortalidad, á pesar de creer en la nada. Y en la soledad en que vive, piensa en la patria, en la vida natural que allí se hace, en «las comidas sobre la hierba, junto á una fuente y en compañía de buenos amigos,» y en el placer de coger cerezas á las cinco de la mañana. Los bellos jardines de Versalles la hacen soñar con «un bosque inculto» ó con «prados con arroyos y sauces.» Odia las delicadezas de la mesa francesa, el te, el chocolate y sobre todo el café cuyo olor le recuerda el aliento del difunto arzobispo, y á todas esas cosas mediocres prefiere la sopa de jamón y la *choucroutte*, pero hecha con coles alemanas, porque «las coles francesas no valen ni con mucho las nuestras.» Se hacía enviar desde Francfort salchichas, productos farmacéuticos, que curaban mucho mejor que las lavativas y las sangrías de Francia y también la Gaceta, que traía noticias de aquellas tierras. Cuanto más envejecía, más le gustaba pensar en su Alemania: «Soy como los viejos carreteros que se recrean oyendo los chasquidos del látigo cuando ya no pueden guiar sus carros por los caminos reales.» Esa añoranza de la patria la aproximaba á otra desterrada, á otra solitaria, la Delfina; orgullosas ambas y ambas desgraciadas, mostrábanse en la corte altivas y singulares.

De su matrimonio con Enriqueta de Inglaterra había tenido Monsieur dos hijas. María Luisa, nacida en marzo de 1662, habíase casado en agosto de 1679 con el rey de España Carlos II, después de haber tenido momentáneas esperanzas de casarse con el Delfín; llorando había abandonado la corte de Francia, para cuyos

placeres y costumbres parecía expreso su carácter alegre, y se había ido á vivir á la corte fúnebre de un monarca ruín, en donde, desde su llegada, le impusieron una existencia de reclusa. Sus camaristas francesas la abandonaron porque no habían podido acostumbrarse á vivir encerradas, y entonces su único consuelo eran los perritos que se había llevado consigo. Tenía la misión, que cumplió lo mejor posible, de mantener al rey en la alianza francesa y de asegurar á Francia la sucesión de España. Murió á la edad de veintisiete años y su muerte se achacó al partido austriaco. La hija segunda, Ana María, nació en agosto de 1669 y en 1684 se casó con Víctor Amadeo II, duque de Saboya; en diciembre de 1685 dió á luz á la futura duquesa de Borgoña. Del segundo matrimonio de Monsieur habían nacido, en agosto de 1675, Felipe de Orleáns, duque de Chartres, y en septiembre de 1676, Isabel Carlota; en 1685, el duque, que tenía diez años y su hermana, que tenía nueve, eran dos niños muy simpáticos y muy listos.

De Gastón de Orleáns, hijo de Luis XIII, quedaban tres hijas, una de su matrimonio con la señorita de Montpensier y dos de su matrimonio con Margarita de Lorena.

La mayor, Ana María Luisa, era la célebre «Mademoiselle,» la heroína de la Fronda; en 1685 tenía cincuenta y ocho años y veía terminarse tristemente una novela por ella imaginada cuando había pasado de los cuarenta. Solterona, después de haber creído casarse con ilustres personajes, entre ellos el emperador y Luis XIV, habíase enamorado apasionadamente del conde de Lauzún, marqués de Puyguilhem; este hidalgo, en quien ella vió toda clase de méritos, era muy estimado por el rey, á pesar de ser «osado... y excesivamente altivo,» ó quizás precisamente por otras cualidades que le impedían sentir otro afecto que el que profesaba ostentosamente al soberano. En diciembre de 1670, obtuvo Mademoiselle permiso para casarse con Lauzún, pero el rey, instado por su familia para que no consintiese en tan desigual unión, se desdijo, y al año siguiente Lauzún fué arrestado y enviado á Pignerol. La princesa le guardó fidelidad y al cabo de diez años compró la libertad de su amigo, con quien dicen que se había casado en secreto antes de que cayera en desgracia, pagándola muy cara, pues á cambio de ella hubo de legar al duque del Maine su principado de Dombes y algunas tierras; aquel contrato fué una vergüenza y una deshonra para el rey y su querida. Lauzún, cuando se vió libre, prefirió á su vieja amante jóvenes camaristas; ella le arañó y le pegó, él le pegó á su vez, y en 1684 se separaron. Mademoiselle terminó en el retiro y en la soledad una existencia que había brillado en la época en que las novelas estaban de moda en la literatura y en la vida.

Las dos hijas del segundo matrimonio de Gastón de Orleáns habían nacido, Margarita Luisa en julio de 1645 é Isabel en 1646; ni una ni otra fueron, por decirlo así, educadas, pues su padre era lo que ya hemos visto, y su madre, una especie de neurasténica quejumbrosa y maniática. Habían pasado su infancia en Blois, en donde vivía su padre desde que acabó la Fronda, y cuando, muerto éste, se trasladaron á París, en 1660, pasaron el período del luto leyendo novelas y asistiendo á cacerías, de las que regresaban escoltadas por algu-

nos jóvenes y sin sus ayas, á las que habían extraviado expresamente. Margarita Luisa amó á Carlos de Lorena, sobrino y heredero del duque reinante; pero hubo de casarse en 1661, en Florencia, con el príncipe heredero de Toscana, porque así convenía á la política de Luis XIV. Su marido no supo «domesticar» á aquel lindo pájaro que le llegaba de Francia acompañado de una bandada de estorninos, que se burlaban de todo lo que veían en la corte del gran duque, y al fin los esposos riñeron. En 1670 el príncipe sucedió á su padre, pero el hecho de ser gran duquesa no reconcilió á Margarita con Toscana; añoraba la corte de Francia y pensaba siempre en Carlos de Lorena. En 1675 separáronse amigablemente, yendo la gran duquesa á albergarse en el monasterio de Montmartre del que una tía suya era abadesa; y aunque el rey había prometido al gran duque que viviría allí muy retirada, Margarita recibía muchas visitas y de cuando en cuando hacía una escapatoria á Versalles. No tenía entonces más que treinta años, era muy guapa y en la corte se decía que «le agradaba mucho la casa del rey;» pero esa «casa no estaba para alquilar,» como escribe la señora de Sevigné, y el monarca, cuando veía llegar á su prima, le decía: «¡Ya estáis aquí otra vez!» Vivió largas temporadas en compañía de su hermana Isabel, quien, casada en 1667 con el duque de Guisa, el hijo del héroe de Nápoles, y viuda en 1671, se había dedicado á la vida devota, convirtiéndose á los hugonotes de sus dominios, visitando hospitales, curando á los enfermos, dándoles de comer y enterrando á los muertos. La gran duquesa acompañábala al hospital y al templo.

Después de los príncipes y princesas de las dos casas de Orleáns, que eran «hijos de Francia,» porque descendían de reyes (de Enrique IV y de Luis XIII), venían los príncipes y las princesas «de la sangre de Francia,» descendientes de Luis de Borbón, príncipe de Condé, muerto en Jarnac en 1569, hermano de Antonio de Borbón, padre de Enrique IV.

El gran Condé terminaba en Chantilly, entregado á la devoción, su existencia tan rica en contrastes. Su hijo Enrique Julio de Borbón, duque de Enghien, había nacido en julio de 1643, el año de Rocroi, y había hecho sus primeras armas al lado de su padre durante la guerra civil. Después de la reconciliación con el rey, otorgóle éste la futura de los cargos de gran maestro de la casa del rey y de gobernador de Borgoña, que poseía su padre, á quien ayudó con frecuencia en el desempeño de los mismos. En 1663 casóse con una princesa de la casa palatina, Ana, sobrina de María de Nevers, reina de Polonia, la cual intentó asegurar á su sobrino político la sucesión de su esposo. Sirvió en las guerras de Flandes y del Franco-Condado, portándose dignamente y mereciendo los grados de brigadier y de teniente general; su padre habíale adiestrado en las cosas de la milicia, pero al mismo tiempo le había hecho instruir é instruído él mismo, con su conversación y con su ejemplo, en todas las cosas de la inteligencia. Al duque «agradábanle las obras de ingenio y de ciencia, y sabía juzgarlas con gusto, profundidad y discernimiento grandes;» algunas de sus cartas son de un literato encantador. Su cortesía era admirada por todos aquellos á quienes se dignaba recibir; sin embargo, te-

nía un carácter altivo, era duro y perverso, maltrataba á su esposa, mujer bastante fea y mediocre, pero virtuosa y buena, y no se mostraba más tierno con sus queridas, que fueron damas escandalosas. El duque de Enghien era muy bajo y delgado y su rostro nada tenía de particular; únicamente «el fuego y la audacia de sus ojos» recordaban al príncipe de Condé. Su hijo, Luis III de Borbón Condé, nacido en octubre de 1668, era un hombre «muy considerablemente más pequeño que el hombre más pequeño...; sin ser grueso de todo el cuerpo, tenía la cabeza desmedidamente grande y una cara que daba miedo.» Su cutis era amarillo lívido. Decíase que una mirada de su enano había trastornado á la princesa durante su embarazo. Era instruído y de agradable conversación como su padre, había tenido por maestro á La Bruyere, y aunque cortés, cuando quería serlo, era perverso y ruin. Ese deforme fué quien se casó con la señorita de Nantes, la «bella como los ángeles.»

El príncipe de Conti, hermano del gran Condé y marido de una Martinozzi, había fallecido en 1668, en plena devoción, víctima de una enfermedad vergonzosa, dejando dos hijos, el mayor de los cuales, Luis Armand, el que se casó con una La Valliere, muere en 1685 á la edad de veinticinco años. El segundo, que tiene veintitrés años, ha caído en desgracia por haber cometido actos feos; se ha manchado con el «vicio infame;» «sus excesos... con señores y cortesanos jóvenes de su mismo humor» han «causado escándalo;» ha escrito cartas en extremo licenciosas en las que trataba muy irreverentemente á la señora de Maintenón y al mismo rey; y sin permiso de éste ha ido á combatir á los turcos en Hungría. Sin embargo, el monarca le perdonará ó poco menos, cediendo á los ruegos de Condé moribundo, que amaba á su sobrino por su gran valor, por su afición á las aventuras, por su ingenio y por el «delicioso» encanto de toda su persona.

Los condes de Soissons, descendientes, como los Condé, del héroe de Jarnac, no habían dejado herederos, pues el último varón había sido muerto en La Marfée en 1641. Pero la hermana de este príncipe, María de Borbón-Soissons, habíase casado con Tomás Francisco de Saboya, príncipe de Carignán, y de este matrimonio había salido una descendencia de nacionalidad indefinida y casi toda ella enemiga de Francia. Un hijo del príncipe de Carignán, Eugenio Mauricio, que llevó el título de conde de Soissons, se casó con la célebre Mazarina Olimpia Mancini, y uno de sus hijos, á quien Luis XIV negó el permiso para comprar una compañía, entró en 1683 al servicio del emperador, en el que muy pronto ilustrará el nombre de «Príncipe Eugenio.» Una hermana de Eugenio Mauricio contrajo matrimonio con el marqués de Baden; su hijo, Luis de Baden, será también uno de los principales generales del emperador en las guerras de las coaliciones contra Luis XIV. El rey desterró en 1684 á la señora de Carignán, madre de esa descendencia hostil; la princesa, que tenía entonces setenta y ocho años, abandonó el palacio de Soissons, en donde vivía ricamente y recibía como gran señora, según la moda de otros tiempos.

La descendencia ilegítima de Enrique IV subsistía en la corte en las personas de los Vendome, bisnietos de Gabriela de Estrées: Luis José, duque de Vendome,

nacido en 1654, y Felipe, nacido en 1655, caballero de Malta, agraciado con el gran priorato de Francia y titular de gran número de abadías, vivían juntos y, ora en la casa del Temple, en París, ora en el castillo de Anet, en compañía de poetas festivos y de mujeres alegres, hacían públicamente vida viciosa. Finalmente Longueville, el último descendiente varón de Dunois, el bastardo de Orleáns, vivía loco en una abadía.

Desde el siglo XVI, los príncipes de las casas soberanas extranjeras, «establecidos en Francia,» ocupaban en la corte un puesto privilegiado, y algunos habían sido grandes y poderosos personajes; pero en tiempo de Luis XIV no quedaba de esa gloria más que un recuerdo casi fabuloso.

La casa de Saboya había dado, durante el reinado de Francisco I, una primera prole que concluyó en el brillante duque de Nemours, muerto en desafío por Beaufort en 1652. El príncipe Tomás de Carignán, de quien antes hablamos, creó una segunda, que estaba representada en la corte de Francia por uno de sus nietos, un hermano del príncipe Eugenio, el titulado conde de Soissons; peleado con los suyos á consecuencia de un matrimonio contraído por amor, pobre, jugador, disoluto, ese jefe de una de esas pequeñas ramas que «no tenían zapatos,» vivía de las liberalidades del rey.

Los Lorenas, que en el siglo XVI habían conquistado Francia, hallábanse en plena decadencia. El último duque de Guisa, «un niño enfermizo y ruin que apenas podía ponerse en pie,» había muerto en marzo de 1675; pero quedaban otras dos ramas de la casa de Lorena, los Elbœuf y los Armagnac.

Los Elbœuf eran gente anticuada. El duque, jefe de la familia, gobernador de Picardía, de Artois y de Hainaut, sobreviviente de la Fronda, no visitaba la corte; era un hombre de malos sentimientos y de costumbres casi salvajes. Su hijo Enrique, «azote de las familias,» se le parecía; y otro hijo será ahorcado en efigie. El duque tenía dos hermanos, Francisco, conde de Harcourt, y Alfonso, conde de Lillebonne; el hijo del primero, Alfonso, guapo mozo y bizarro soldado, tuvo que habérselas muchas veces con la justicia, pues era un «verdadero bandido,» lo que no fué óbice para que el rey le empleara en el ejército y aún le diera una embajada extraordinaria; no satisfaciéndole, empero, todos esos empleos, se irá á pelear contra los turcos, al servicio de la república de Venecia. El hijo de Lillebonne, Carlos, príncipe de Commercy, no viendo medio de prosperar en Francia, fué sin permiso del rey á Hungría para combatir contra los turcos y no tardará en ponerse al servicio del emperador. Dos de sus hermanas, que se quedaron en Francia, la señorita de Lillebonne y la princesa de Commercy, ilustradas y corteses, atraían «las miras de toda la corte,» en donde todo el mundo, comenzando por el rey y por Monseñor, las quiso y las estimó. «Nada más común en la casa de Lorena, decíase en la corte, que ser las princesas razonables y en cambio no valer nada los príncipes.»

La rama de Armagnac, que seguía á la anterior, descendía del conde de Harcourt, el general de Richelieu y de Mazarino, cuya fidelidad había salvado á la corte en un momento crítico de la Fronda, habiendo sido por

ello recompensado con bienes y honores (caballero mayor, conde de Armagnac, gobernador de Anjou) que se transmitieron á su primogénito Luis. Con esos Armagnac, los Lorenas de Francia recobraban parte de su antiguo esplendor. Luis de Armagnac «tenía puesta día y noche espléndida mesa en la corte y jugaba en grande entrando y saliendo de su residencia la multitud de cortesanos como de una iglesia.» Saint Simón admira al conde y á su esposa, de quienes dice que son grandes señores que tienen «á raya á los ministros y á sus mujeres,» como hacían los señores en otro tiempo. Pero los Armagnac son buenos cortesanos y el conde no se mueve de las habitaciones del rey, asiduidad que Saint Simón califica de «adulación hedionda.» El conde de Armagnac tenía tres hermanos, uno de los cuales era el famoso caballero de Lorena.

Otras tres casas gozaban en Francia del título y de las prerrogativas de príncipes: los Bouillon, los Mónaco y los Rohán.

La casa de La Tour de Auvergne había adquirido por matrimonio, en el siglo XVI, los principados de Sedán y de Bouillon; pero el duque Federico Mauricio, hermano mayor del mariscal de Turena, había tenido que ceder el primero á Luis XIII, en castigo de sus inteligencias con Gastón de Orleáns y con Cinq-Mars; durante la Fronda, habíase hecho dar, en compensación, varios grandes señoríos y la cualidad de «príncipe extranjero establecido en Francia.» Su hijo Godofredo Federico Mauricio, que le sucedió en 1651, había sido nombrado, en 1658, gran chambelán de Francia; era un hombre de figura insignificante, de talento muy mediano y buen súbdito del rey, que le quería por ser casi de su misma edad; pero estaba casado con una mujer terrible, Mariana, una de las sobrinas de Mazarino, inteligente, ilustrada, intrigante y á la cual se la creía capaz de todo, ya que se la acusó de haber querido envenenar á su marido. Esta Mazarina era, por otra parte, una especie de frondista que tenía en París una corte de libertinos y de literatos en la que la gente no se aburría; Luis XIV la desterró. El hijo mayor del duque de Bouillon, príncipe de Turena, nacido en 1665, frecuentaba la casa de los Vendome, y trató de pervertir al Delfín apenas casado. El rey le desterró en 1684 y entonces se fué á luchar contra los infieles. El hijo segundo, conde de Auvergne, teniente general del ejército, era un buen militar, y el tercero, el cardenal de Bouillon, nacido en 1643, limosnero mayor de Francia, ofendió al rey negándose á casar al duque de Borbón con la señorita de Nantes, porque no le habían invitado al banquete de boda con los príncipes de la sangre. Ese cardenal era hombre de carácter elevado y «ponía un tono de soberano en sus discursos y en sus modales;» todos los Bouillon, incluso el mariscal de Turena, estaban entusiasmados con el aire de príncipe del prelado, á quien el rey desterró también en 1685. El duque, jefe de esa familia desagradable, participó de la desgracia del cardenal; pero Luis XIV le mandó decir que no tenía ningún motivo particular de disgusto contra él.

Los Grimaldi, príncipes de Mónaco, eran muy bien considerados en la corte de Francia desde que Honorato II había reemplazado, en 1641, la guarnición española de Mónaco por una guarnición francesa, en premio de lo cual Luis XIII habíale concedido el ducado